



RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Universidad Católica Andrés Bello (UCAB). (2021) *“Crisis y Desencanto con la Democracia en América Latina.”* UCAB-Fundación Konrad Adenauer-AUSJAL. Caracas, Venezuela. Págs. 482.

Por: Jean-Denis Rosales Gutiérrez¹

Fecha de Recepción: 04 de Septiembre de 2021

Fecha de Aceptación: 24 de Septiembre de 2021

Episodios convulsos, como el que actualmente se experimentan a causa de la expansión global del virus **SARS-CoV-2**, llevan a cuestionar lo que se dice, de que se ha normalizado. Esta crisis sanitaria, la mayor en un siglo, pone ante la mirada mundial, el deterioro de los sistemas públicos de salud, así como la incapacidad de los sistemas privados para garantizar derechos sociales. Basta esto para darse cuenta de las transformaciones y de los límites de instituciones concebidas para garantizar el bienestar o satisfacer las necesidades y deseos de las personas. Estados, mercados y otras instancias de regulación de la vida social no explican –*si se les toma por separado*– las complejas dinámicas globales, ni las especificidades locales. Hay entre todas estas instancias vasos comunicantes y sus límites son difusos. De manera, que toda propuesta de política pública, para ser eficiente, debe contar con un análisis profundo de las fuerzas y de los intereses implicados, de su impacto diverso en función de la estratificación social, tan acentuada en **América Latina y el Caribe** a causa de la alta desigualdad. Además, se constata una caracterización de las instituciones políticas marcadas por trayectorias no lineales donde convergen intereses de familia y aspiraciones de ingreso a las bondades del desarrollo.

El periodo que va de 2002 a 2014, junto al crecimiento económico, fue escenario de avances en la reducción de la pobreza y la desigualdad. Este momento notable, sin embargo, parece haberse sostenido sobre pies de barro. Numerosos países de la región aumentaron sus ingresos a partir de la reprimarización de sus economías. Apostaron al crecimiento aprovechando el

¹ Abogado Egresado de la Universidad de Los Andes (ULA). Mención *Cum Laude*: (2004). Segundo de la Promoción. Profesor de Derecho Constitucional, Derecho Administrativo I y II (ULA). Especialista en Derecho Tributario (ENAHPIUT). Especialista en Derecho Administrativo (UCV). Profesor en la Especialización de Derecho Administrativo y Derecho Tributario (ULA). Aspirante a Doctor en Ciencias Jurídicas (LUZ). **Coordinador del Grupo de Investigación Robert Von Möhl (GIROVOM)**. Correo Electrónico: jeanrosales1984@gmail.com. Orcid: <http://orcid.org/0000-0003-1744-3281>.

incremento de precios de las materias primas. De manera que el continente pareció volcarse de nuevo hacia su pasado, aunque esta vez con una mayor voracidad en la extracción de minerales, hidrocarburos, agua y biodiversidad.

Por otra parte, acaso con buena intención, hay voces que proclaman que más que combatir la pobreza y la desigualdad se debe propiciar el crecimiento. De esto, ya se tiene una experiencia suficiente debido a la aplicación de medidas de ajuste estructural, que propiciaron la retirada de los Estados para dejar que los mercados se regularan por sí mismos. El lento crecimiento previo a los efectos de la pandemia volvió a poner ante los ojos del público, el debate sobre las bases del crecimiento. Para algunos sectores esto debe basarse en la atracción de inversión extranjera, la preponderancia del capital financiero, el ingreso a la revolución digital y la apuesta por la innovación y la competitividad.

Pero otras voces emergen. El estancamiento económico a partir de 2014, implicó un nuevo aumento de la pobreza y de la pobreza extrema, así como una disminución del ritmo de reducción de la desigualdad. Sin crecimiento económico y sin un compromiso sostenido de los Estados para garantizar los derechos sociales, se atestigua a partir de 2019 el incremento del malestar y de la insatisfacción de la población hacia ese conjunto difuso de instancias que condicionan el bienestar. Aun cuando los actores políticos pueden ser identificados, es cada vez **mayor el descontento** hacia todo ese conjunto difuso de agentes que intervienen en la adopción de medidas políticas, económicas, culturales, territoriales o ambientales. Se percibe que las instituciones no actúan en función de la vigencia de los derechos de las personas, ni en razón del cuidado del ambiente, sino como garantes de intereses particulares.

En este contexto hay que situar la crisis de la democracia en América Latina, que no implica rupturas catastróficas, pero sí debilidades estructurales y riesgos de caudillismo, corporativismo, clientelismo, autoritarismo o cooptación de las instituciones. Situaciones, que adoptan formas específicas en lo local. Sin embargo, hay signos, que muestran posibilidades para salir de lo que parece un destino arraigado en nuestras sociedades. Muchas constituciones recientes –o reformas constitucionales– dan testimonio de la **voluntad de cambio** y de la conciencia de la necesidad de reconocer y garantizar los derechos de ciudadanía. Cientos de instituciones participativas se han creado en las tres últimas décadas en un notable proceso de experimentación democrática. Miles de movilizaciones





populares tienen lugar cada año, mostrando la capacidad de resistencia de poblaciones y la disposición de ciudadanos a hacer oír su voz.

Aun cuando estos esfuerzos son estigmatizados, y, quienes participan en ellos continúan siendo víctimas de agresiones. Este libro da cuenta de una parte de esta realidad crítica. Se centra en el estudio de las percepciones cambiantes que la ciudadanía tiene de la democracia en América Latina y analiza los factores estructurales que, en combinación con la agencia de actores políticos y sociales, determinan la evolución de la democracia en la región.

Como todo estudio sobre un proceso en marcha, este libro está obligado a ir a la zaga de los acontecimientos, que se desarrollan a una velocidad extraordinaria, con el fin de obtener una suficiente distancia analítica. La enorme cantidad de movimientos sociales, que han emergido en la región en los años recientes, y la movilización notable, que se está produciendo en 2021, hablan de una ciudadanía que no está dispuesta a **dejar en manos de los políticos su destino**, y que busca formas de incidencia en los asuntos públicos.

En América Latina conviven a un mismo tiempo varias crisis con orígenes y consecuencias diferentes que se superponen unas a otras generando un clima general de malestar social y político. La llegada de la tercera década del siglo XXI se encuentra con graves déficits económicos, crecimiento de los índices de pobreza, tensiones entre los Estados y crisis de representación política.

Esta situación de malestar ha evolucionado negativamente en toda la región. Hacia el año 2014 las tendencias recogidas en numerosos análisis indicaban que después de los avances alcanzados en la última década en materia de fortalecimiento de la democracia en América Latina, así como en la reducción significativa del índice de pobreza de ingresos registrado hasta esa fecha, muchos países de la región se enfrentaron a un aumento potencial de este índice, a fuertes críticas sobre la capacidad y calidad de sus Estados para suministrar los bienes y servicios públicos, y a amplias denuncias sobre casos de corrupción. Estos fenómenos, sumados al impacto económico causado por la caída de los precios de las materias primas en los mercados internacionales, conformaron un contexto de amenazas para el bienestar social y las oportunidades de crecimiento.

En este contexto, entre 2017 y 2019 América Latina atraviesa un “súperciclo” electoral que abarca elecciones legislativas y/o presidenciales en catorce países de la región. En ese gran ciclo electoral se evidenciaron cambios



profundos en las preferencias de los electores que transformaron el mapa político de la región. Esta nueva representación, es expresión de procesos sociales y políticos más de fondo cuya raíz está en la profunda crisis que vive la región y que denota la búsqueda por parte de los electores de nuevas respuestas. Quizás los casos más emblemáticos de esos cambios se pueden evidenciar en el triunfo de Andrés Manuel López Obrador en las elecciones federales de México, en julio de 2018, lo que implica una ruptura en el tradicional sistema de partidos dominantes en este país; y en Brasil, el triunfo de Jair Bolsonaro en las elecciones de octubre de 2018, que irrumpe en la política regional representando una extrema derecha nacionalista y contraria en sus banderas políticas a toda la historia reciente de Brasil. Este ciclo electoral continúa en 2019 con elecciones legislativas y/o presidenciales, por orden cronológico, en El Salvador (febrero), Panamá (mayo), Guatemala (junio), y Argentina y Bolivia (octubre), cuyos resultados son significativos de las tensiones propias de esas sociedades. En el año 2020 se fue testigo también, de importantes cambios por la vía electoral. Y en el 2021 también, han ocurrido procesos que dan cuenta de los cambios en las preferencias electorales.

Junto a este movimiento electoral se desataron las olas de protestas de 2019 en Chile, Colombia y Ecuador, seguidas luego de las confrontaciones en Bolivia, que terminaron con el derrocamiento del presidente Evo Morales. Se sumaron también los estragos del extremismo autoritario de Venezuela y Nicaragua (2018-2021). En el caso venezolano, el efecto expansivo hacia sus países vecinos se ha manifestado por la huida en estampida de la población en grandes oleadas migratorias, amén de los conflictos con los Estados vecinos, especialmente con Colombia.

En el año 2020, el impacto de la pandemia del COVID-19 agravó la crisis de la región. Además de sus terribles efectos sanitarios, según los datos de la Comisión Económica para América Latina (Cepal), para este año se calcula que la recesión económica, que la pandemia ha traído consigo podría arrastrar a la pobreza a más de 28 millones de personas, superando los 200 millones en la región, equivalente a un 35 % de la población. La pandemia también ha fortalecido el ejercicio autoritario del poder, a través de las fórmulas de los "estados de excepción". El COVID-19, solo ha hecho más visibles, los problemas, que en la última década han agobiado a la región, las fragilidades de sus



democracias, la incapacidad de los Estados para responder a las demandas sociales y las tendencias autoritarias de la institucionalidad política de los países.

Paralelamente, también durante la última década América Latina ha evidenciado un sostenido aumento de las protestas como forma de participación política, en comparación a la participación electoral. Un estudio realizado por el Banco Interamericano de Desarrollo evidenció, que desde el año 2000 a la fecha, la participación electoral en América Latina es relativamente estática, en comparación a un sostenido aumento de la protesta como forma de participación política. Al reciente ciclo de protestas ya referido en Chile, Colombia, Ecuador, a finales de 2019, se sumaron luego, con características diferentes, Bolivia, Costa Rica y Guatemala. Al momento de escribirse estas líneas las protestas volvieron a la calle en varias regiones de Colombia.